

Los 80, años de cambio en la escuela rural de Cantabria

Armando Rodríguez Arconada



A mediados de los años 80 el medio rural parecía abandonado a su suerte y progresivamente despoblado. En el sector público de la enseñanza, la política de concentraciones escolares, llevada a cabo en la década de los 70 tras la aprobación de la Ley General de Educación, había ocasionado la supresión de una gran cantidad de escuelas unitarias de nuestra región.

Una de las que sobrevivían era la escuela unitaria de Carrascal de Cocejón, en las estribaciones del Puerto del Escudo. Por debajo pasaba un río que era como una metáfora de la vida: una corriente que atraviesa la historia de nuestros centros y construye su microhistoria, muy apegada al terreno, que determina su carácter. En ocasiones esa inercia, que a veces se confunde con la parálisis, se ve sacudida por un impulso nuevo que la revitaliza.

El impulso de Educación Compensatoria

Podía decirlo más alto, pero no más claro: Educación Compensatoria fue ese impulso, el auténtico revulsivo que arrumbó las viejas prácticas y puso las bases para dignificar una escuela rural hasta entonces degradada.

Los maestros de Educación Compensatoria venían mayoritariamente de la ética de resistencia al franquismo, articulada en aquella Plataforma Democrática para la Enseñanza que impulsó Francisco Susinos. Todos compartíamos un tiempo nuevo, ilusionante, irrepetible.

“Fue un reto generacional, resume Miguel Ángel González Maza; gente de 30 años que removió los esquemas de una Administración anquilosada”. Otro de aquellos maestros pioneros, Iñaki López, hoy también jubilado, rememora “aquellos años de debate escuela unitaria-concentración escolar, pero no éramos fundamentalistas, defendíamos las unitarias cuando había suficientes alumnos de Infantil y primer ciclo de Primaria”.

La Administración educativa representa la macrohistoria: su fuerza se mide en las grandes cifras que salen del presupuesto o en las líneas que marcan el camino a seguir. Puede ser una rémora para el progreso o un acicate. Esto último fue lo que ocurrió a principios de los 80. La llegada de Marcos Caloca a la Dirección Provincial de Educación cambió muchos de los estándares de funcionamiento; pronto se rodeó de un equipo muy voluntarioso de maestros, encabezados por un jefe de Programas Educativos de gran valía, Miguel Martín.

Muchas veces acompañé a aquellos maestros en sus visitas a las escuelas, bolígrafo y cámara en ristre, tejiendo a través del trabajo diario una amistad indisoluble que aún perdura.

La situación de partida era la reflejada por el equipo inicial de Educación Compensatoria en el informe titulado ‘Aproximación a la realidad socioeconómica y educativa de Cantabria’, que concluía la existencia de “bolsas” desfavorecidas principalmente en Tudanca-Cabuérniga, Liébana y Pas-Miera, con importantes desequilibrios de equipamientos.

Rompieron el aislamiento y marginación del profesorado rural

Los maestros de Compensatoria rompieron el aislamiento y la marginación que sufría el profesorado rural. En los nueve Centros de Recursos que crearon preparaban materiales pedagógicos y programas de actuación, material reprográfico, audiovisual, juegos, libros..., para ser utilizados de forma itinerante por las escuelas rurales.

Una de las primeras decisiones fue bajar a los niños de las zonas altas a descubrir el mar. Luego llegaron a las escuelas los primeros televisores y las primeras cámaras de vídeo para grabar a los chavales que bajaban a las Convivencias Rurales de Escuelas Unitarias (CREU). De aquella época es también el diseño de los primeros Centros de Profesores (CEP), la campaña para escolarizar a los niños de 4 años o la revista ‘Quima’ (1983-1992), que guardaba en su interior un hijo literario, ‘Peonza’, que acaba de conseguir el premio nacional de animación a la lectura. Fue con ellos donde aprendí a diferenciar la Escuela de Barbiana, de la de Montessori o la de Freinet.

Es sólo un dato, pero un millar de docentes acudían a las primeras Escuelas de Verano, que suplían el déficit de formación docente de las Escuelas Normales. Sus efectos se propagaron como una mancha de aceite. Algunos de sus postulados se cumplieron: escuela pública (aunque no única), consejos escolares, educación integral y no confesional...

Otro de los docentes del equipo inicial de Educación Compensatoria, José Luis Polanco, evoca así aquel tiempo: “Éramos un grupo de maestros ilusionados en hacer nuestra propia aportación a un cambio social ansiado”.

Hoy, la organización en Colegios Rurales Agrupados, fruto tardío de aquella época, brinda a buena parte de las escuelas rurales las ventajas de las escuelas urbanas en cuanto a especialistas y material pedagógico se refiere. Fue la consecuencia lógica de los Centros de Recursos y un gran avance respecto al antiguo sistema de colegios comarcales.

La posterior irrupción de una nueva generación de maestros menos comprometidos y la desconfianza de la Administración hacia la educación no formal propalada en buena medida por Compensatoria, fueron otras causas del decaimiento de ésta. Poco a poco fueron consolidándose las concentraciones y los Colegios Rurales Agrupados, sistema imperante en la actualidad.

El equipo de Educación Compensatoria aún tuvo ocasión de desplegar, ya en su segunda etapa, su potencial también en el medio urbano, con las Aulas Ocupacionales para jóvenes desescolarizados. Pero esta ya es otra historia.